

11

RAMÓN SÁENZ MORALES

RAMÓN SAENZ MORALES

(Managua: 23 de junio de 1891 — *Idem.*: 5 de septiembre de 1927)

El consenso de la crítica es que Ramón Sáenz Morales es “el primer poeta de la tierra nicaragüense”, “el poeta de las sierras y los lagos y las razas nicaragüenses”, “lo más propio que tiene Nicaragua. Lo que mejor habla y canta por ella”; pero esto es más bien cuestión temática y no sólo en eso radican sus méritos: en Sáenz Morales hay muchas excelencias modernistas y por tanto es el mejor poeta del grupo capitalino y uno de los mejores del país. En su tiempo gozó de la amistad y admiración de la mayoría de los intelectuales, tanto de Nicaragua como del extranjero, entre ellos: Luis H. Debayle, Carlos Cuadra Pasos, y de los escritores: Mario Sancho, Francisco Villaespesa, quien elogio su poema “Sin rojo”, José T. Olivares, Octavio Rivas Ortíz, Arcadio Chozá, Ruiz Morales y Juan Ramón Avilés, quien afirmaba que “Ramonín” tenía el tamaño de un soneto —diminutivo y humoraba con los que aludía a su pequeña estatura y afición a la estrofa. Sin embargo, muy precarios son los datos que nos quedan acerca de su formación y de su iniciación melódica. Debe de haber sido algo precoz, seguramente apareció en él la vocación literaria desde muy temprano, antes de sus 16 años, pues ya en 1907 colaboraba en *Albores* y la policía había suspendido la circulación de un número de *Plúmbeo*, por incluir su “obsceno” poema “Si yo fuera Sático”. Y según parece, su cultura no era tampoco nada pobre, a través de epígrafes y citas y de un “Retrato mental” suyo aparecido en *La Noticia Ilustrada* (Managua, 9 de octubre de 1927, Núm. 49, Año XIV), podemos darnos cuenta que frecuentaba a D’annunzio, Klopstock, al Arcipreste, Cervantes y Darío, y que gustaba de la obra plástica de Velásquez y de la música de Bethoven. Su corta existencia fue un continuo ejercicio literario: en 1912 apareció en la nómina del *Parnaso nicaragüense* con el primer apellido equivocado: *Sacuy* por *Sáenz*;

desde septiembre de 1913 hasta mediados de 1914 codirigió la revista *Letras*, mientras colaboraba en *Los Domingos*, *Las Revistas* y más tarde en *La Noticia* y *La Noticia Ilustrada*. En 1916, a la muerte de Rubén Darío, y en 1917, el aniversario, Sáenz Morales escribió quizá los más hermosos poemas que para llorar el fallecimiento del Maestro se hayan firmado en Nicaragua; a tal grado que Alfonso Méndez Placarte, compilador de las poesías de Darío, los incluyó en su *Guirnalda Liminar*. Sáenz Morales trabajaba como periodista en el diario *La Noticia*, cuando en 1920 fue laureado en los Primeros Juegos Florales de Managua, convocados por el Ateneo Nicaragüense, y ese mismo año fue igualmente incluido en la *Antología Universal*, organizada en Nicaragua; esta era también la época de sus afamados paseos en carretas a Las Sierras de Managua —el paisaje de su canto—. Murió a los 36 años, y con la casi totalidad de su producción dispersa en periódicos, álbumes y revistas; años más tarde se realizó la compilación y edición de sus textos poéticos, bajo el título de *Aires Monteros y otros poemas*.

BIBLIOGRAFÍA

Libros de poesía: *Aires monteros y otros poemas*. Managua, Editorial Atlántida, 1947.

Antologías: *Parnaso nicaragüense*. Barcelona, Editorial Maucci, 1912, compilación de Alberto Ortiz; *Antología Universal*. Managua, Tipografía Renacimiento, 1920; *Nicaragua lírica*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1937, por I. Augusto Oviedo y Reyes; *Índice de la poesía centroamericana*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941, por Rafael Heliodoro Valle; *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948, por María Teresa Sánchez; *Cantos a Nicaragua*. Managua, Editorial Atlántida, s. f. por Luis Alberto Cabrales; *Antología de la poesía centroamericana*. Perú, Editora Latinoamericana, S. A. 1960; *100 poemas nicaragüenses*. *El Pez y la Serpiente*, Managua, Núm. 4, enero de 1963; *Antología de sonetos nicaragüenses*. *Ventana*, León, octubre-diciembre de 1963, Año 4, Núm. 19; *Nueva antología de la poesía nicaragüense*. Managua, *El Pez y la Serpiente*, 1972; y *Antología del árbol nicaragüense*. Managua, Publicaciones Nicaragüenses, 1973, selección e introducción de Orlando Cuadra Downing.

Estudios sobre el autor: Luis Alberto Cabrales, "Ramón Sáenz Morales", *La Prensa Literaria*, Managua, 9 de noviembre de 1969.

SIN ROJO

A Francisco Villaespesa

¿De lila? Se aligeran tus contornos . . .
Pero el lila ha de ser lila de espera:
ese lila que tienen los retornos . . .
¡Estancada agua lila de tu ojera!

De rosado vas linda . . . crece y se alza
más que nunca tu gracia en lo rosado . . .
¡Rosado aldeano de mujer descalza,
o de aurora de mayo sobre el prado!

De azul obligas suspirar al viento;
cruzas como un tangible pensamiento,
¡Azurina y divina flor de mar! . . .

¿Y de blanco? . . . ¡Un alba se incorpora!
Tras tus pisadas un cordero llora . . .
En mi cerebro comenzó a nevar . . .

(1913)

LA BRAVA QUEMA

Al Dr. Luis H. Debayle

Huele a monte quemado. El viento arroja
desde hace rato y desde lejos todo
lo que el hombre quemó con llama roja:
—sombra de senda, hierba de recodo,

espiga abandonada entre jarales,
jalacate tardío, madreSelva,
y hasta la débil flor de los zarzales
que ya no la hallará el amor que vuelva.

Huele a monte quemado. El sol despliega
un bárbaro abanico de bochorno;
el agua de la fuente sufre y riega
por la tupida fronda del contorno.

En la tierra, que vibra, cae paja
carbonizada, zacatal que fué . . .
Un asno gris con la cabeza baja
busca en la tierra trémula el por qué . . .

Huele a monte quemado. Aquel camino
de una mañana que no volviera,
en el que yo vi claro mi destino
cantando hacia el amor, cómo estará!

El tronco adusto que la hierba tierna
rodeaba en otro tiempo, en cuya paz
todo consancio halló una rosa eterna,
roto y negro carbón será no más.

Qué peligro, Señor, habrá corrido
el rancho que mis ojos conocieron,
donde un día tomando anochecido,
agua sólo pedí y amor me dieron.

He de volver a oír alguna vez
la frase aldeana que me dio acogida . . .
Esa noche del rancho montañés
hace un alto de rosas en mi vida!

Huele a monte quemado. A la distancia
la brava quema audaz chisporrotea:
la ceniza es augurio de abundancia,
la chispa salta al sol, como una idea.

D A M I A N A

Un nombre como el tuyo, enmontañado,
oloroso a vereda y a balido,
a surco, a hierbas, a terreno arado,
a milpa verde y platanar florido.

Nombre que al escucharlo me asolea
y enciende en mi sangre soñadora
cariño loco por tu hogar que humea
entre rosas de alegre trepadora.

A la puesta del sol tu nombre tiene
apenubrados dejos de frescura
como de agua que en sombra se detiene . . .

Y de noche, ¡la noche de mi sierra!
oir tu nombre sobre aquella altura
¡es sentir el suspiro de la tierra!

MUY INGENUA

Indita de los llanos, si supieras
cómo miré muy otro mi destino
al sentir la agresión de tus caderas
a la puesta del sol, en mi camino.

Bíblica, con tu cántaro, pasaste
dejando un surco de agua fresca . . . Mira
el milagro que huyendo realizaste:
¡otra cuerda florece entre mi lira!

En el cántaro el agua se movía;
en tu cadera el cántaro temblaba;
la tarde en tu cadera se extinguía . . .

Y mi pobre alma que un desdén macera,
como el agua y la tarde sólo ansiaba
extinguirse temblando en tu cadera . . .

SI MAÑANA

Naranjero que enmarcas mi ventana
y en cuya fronda el alba se atenúa:
¡como que te ha lavado esta mañana
el agua en flor de la primer garúa!

Fresco de aljófara, te alzas tan fragante
con las hojas tan tiernas y tan puras,
que diríase ser hasta este instante
que te elevas del suelo a las alturas.

Trazando surcos de oro, ya el sol viene
despertando los nidos del bosque,
y en cada fruto tuyo se detiene.

Tropical naranjero: si mañana
oyes un nuevo trino en el paisaje
di que mi alma voló por la ventana.

CUANDO EL CAMPO SE TUESTE

En los campos causados, en verano
cuando el viento que sopla es de fatiga,
entre los surcos donde falta el grano
el sol revienta como vieja espiga.

Compañero del monte, nunca pidas
demasiado a la tierra; que tu mano
haga un suave ademán de despedida
cuando el campo se tueste, pues no en vano

ante nosotros está el cielo . . . Espera!
Por lo que ha de tardar la primavera
no ha de caer tu espíritu en fatiga.

Mira el campo qué hermoso! Y es verano!
Ya que en los surcos no florece el grano,
el sol revienta como vieja espiga!

MAÑANITA CLARA

En esta mañanita clara y fina
brillan al sol los trinos del turpial
como una pedrería peregrina
en un júbilo claro de cristal.

Despetala la aurora sus jazmines
con una lentitud blanca y discreta,
y tras de inverosímiles confines
el sol habla de paz con su trompeta.

En la ténua frescura del paisaje
se borra la litúrgica neblina
con una incierta insinuación de encaje;

y como se presenta alegre el día,
deja volar alondras la ocarina
y se enfleca de cantos la alquería.

¿PARA QUÉ, PRIMAVERA?

Vana es la fuga matinal del río
y la altivez con alba de las rosas,
las espigas con perlas de rocío
y el vuelo brujo de las mariposas.

Demás está que entre la selva suene
el crótalo fecundo de Pomona,
que se haga arpa el follaje y que se llene
de arboles la fruta ya sazona.

Siempre triste veréis, floridos montes,
a la luz de las tardes un viajero
caminando a quién sabe qué horizontes . . .

Las noches llegarán locas de estrellas,
y quién podrá saber en qué sendero
ha dejado un romántico sus huellas?

AQUELLA CASA

Aquella casa ya es un alma . . . Tiene
una inquietud de espera en cada puerta,
y como si supiese que alguien viene
vive el jardín con la baranda abierta.

Cuando caen las hojas, al ocaso,
y un viento conocido entreabre rosas,
la bien querida casa escucha el paso
de invisibles presencias misteriosas.

Hace poco la vi. La luna entraba
desconsoladamente en las ventanas;
un *nunca más* profundo murmuraba

la brisa errante que meció ilusiones,
y aquel amor feliz de otras mañanas
se desangraba roto en los rincones!

M A S A T E P E

En plácido declive de colina levanta
su belleza apacible Masatepe feraz
todo fronda florida donde la brisa canta
un cantar de consuelo, de reposo y de paz.

Solariego descanso para el afán errante
venda para la llaga, fuente para la sed,
y vergeles que en medio de la calma fragante
dicen al lastimero pasajero: ¡volved!

¡Plaza de Veracruz! Yo ví caer un día
el sol tras de tu torre . . . A lo lejos se oía
de un mozo fracasado la tristona canción . . .

Entonces fue que el verso se hizo estrella, soñando
con la mujer que viene desde esta tarde dando
golpes en la deshecha puerta del corazón.

Y SUPONIENDO . . .

Qué diera yo porque mi verso fuera
como la primavera;
aunque descalzo, libre; dando rosas
hasta a quien no las quiere . . . Enredadera,
madroño, almendros ¡a saber qué cosas!

¡Que así fuera mi verso ¡Detenida
estuvieras ahora, confundida
apartando guirnaldas: tu elegancia
temblaría en el centro de mi vida
como tiembla en las rosas la fragancia.

Y suponiendo que mi verso fuera
como la primavera,
¿qué pensarías de este campesino
si en un día de abril se resolviera
a enloquecer de rosas tu camino?

LA FRASE DE MISTERIO

I

Iba entrando febrero . . . En su débil creciente
la luna resbalaba por el azul profundo.
En todo, hasta en la piedra, había un confidente
con quien hablar a solas del gran dolor del mundo.

La brisa balanceaba los natales rosales
y en frágil incensario la flor se convertía.
El lirio a la violeta brindaba madrigales
y un indecible verso de la fuente fluía . . .

Convencidos estamos. Necesario era entonces
aprovechar silencio, luna paz y dolor
para que desbandaran sus pájaros los bronces!

Para escuchar del cisne la canción del regreso
hacia los entrevistos paraísos de amor
donde la estrofa es astro y donde el astro es beso!

II

Rubén Darío ha muerto! dijo la vida toda;
y se paró la vida, pálida, estremecida.
Dijo el mar: lo he perdido para mi eterna oda!
A mí me deja atrás!, tornó a decir la vida.

Fauno de los boscajes y dulce monje orante,
viósele pie cabrio y sandalia también;
yantó con el apóstol, bebió con la bacante,
imperó en la faunalia, reinó en Jerusalén!

Extático de cielo, pavoroso de abismo,
después de conocer los seres y las cosas
en un gran gesto amargo se recogió en sí mismo.

Y así, con el desdén olímpico de un Dios,
para decoro eterno despetaló sus rosas
atento a los conjuros de la Suprema Voz!

III

Rubén Darío ha muerto! todos se acordarán,
hoy que la luna mengua, de aquel cuarto creciente.
En todos los oídos los bronces doblarán,
en todos los recuerdos florecerá lo ausente!

Tengo presente el gesto del bardo amortajado!
Una flor de amargura en su boca se abría . . .
Era algo como un verso que tenía olvidado,
la frase de misterio que a nadie le diría!

El lanceado y trágico laurel le atormentaba;
bajo el caído párpado luchaba la pupila,
su oído una celeste armonía escuchaba . . .

Mas nadie supo nunca qué divina verdad
se llevó entre la boca recogida y tranquila . . .
Era lo Impenetrable! Era la Eternidad!

(1916)

VIDA, SUENO, MUERTE Y OTRAS TRISTEZAS MAAS . . .

I

¡Tierra, la tierra mía!
Tierra esta Nicaagua tan bendita de Dios!
Si es de oír cómo pasa sobre tanta armonía!
el eco inmarcesible de la Suprema Voz . . .

Aduladores mares la cercan. Grandes mares
rivales en suspiros, en trovas y halagos;—
pero mi tierra virgen proficere los cantares
sin maldad ni malicia de sus sencillos lagos.

Los montes verde y flor, los valles abrisados,
un rio, una laguna, un volcán que descuella,
cielo de maravilla, pájaros encantados . . .
¡Quien contempló estas cosas ya se ganó una estrella!

¿Desde cuándo se canta por aquí?
Que respondan los siglos. Sólo recuerdo ahora
del trovador que en noches del viejo Nindiri,
cuando cantaba hacia que asomara la aurora.

Poetas! los poetas! Para todos levanto
este licor de aldea que mi espíritu encierra:
si sabéis la mandragora inefable del canto
nunca habléis de belleza sin conocer mi tierra!

II

. . . Después lo hemos sabido.
Era un supremo instante para la Raza Nuestra.
Debía un augur mágico, a la tierra venido,
«ilustrarnos de Dios» con un astro en la diestra.

Era la costa eterna; era el eterno mar;
era el eterno cielo . . .
Lo mismo inalcanzable, lo mismo que alcanzar,
la antigua fruición de alas, la anciana ansia del vuelo . . .

Gondoleros audaces de todos los países
sobre las aguas crespas soltaban su canción.
Cruzaban bellas cosas entre las nieblas grises
—las góndolas tenían forma de corazón.—

Se oyó como se alzaban, más que todas, las voces
del gaviero italiano y el gaviero francés.
Remeros de la América, ingenuos y precoces,
cantaron alto un día; para callar después.

Los que en la mar bogaban, vieron una mañana
estremecerse el cielo y estremecerse el mar.
Rompía espuma y bruma una góndola indiana
florida con las flores de un naciente cantar.

¿Quién era el gondolero? Apenas se sabía
que a una señal oculta salió de Nicaragua,
nimbada la cabeza de ensueño y de armonía,
vertiendo gota a gota su sangre sobre el agua.

Se vio la reverencia de las constelaciones
al paso de la góndola indiana; se miraron
las sirenas extáticas, silentes los tritones
y quietas las gaviotas que en el vuelo nevaron.

La góndola rozaba con galeras viajeras
y anclados paquebotes, sin pararse, veloz.
Ya un día no la vieron las almas marineras.
Un cantar a lo lejos se perdía hacia Dios.

Después lo hemos sabido —Después todo se sabe.—
El que a una seña salió cantando un día,
llevando en sí los números de la divina clave,
fué en Dios y por Dios dueño de la eterna Harmonía!

III

Oh vino añejo y prócer del verso castellano
que desde el Arcipreste renovándote vienes,
—ya en ánfora divina, ya en cántaro pagano—
resacudiendo nervios y estremeciendo sienes.

La llamarada helénica y aquel latino sol
en tus entrañas claras alguna vez tuviste;
el nórdico lucero fue en ti, vino español,
y la germana estrella te puso un agua triste.

Lo que eras, ya se sabe. Ahora ya crés esto,
esto que es luminaria para la humanidad.
Se destrozó el papyro, se rompió el palimpsesto,
¡y libre el verso vuela cierto de eternidad!

IV

Rubén Darío, Gracia, Capricho, Idea y Forma.
Tú hallaste alma y sangre dormidas en las cosas,
cuando buscando el Centro, fiel a la Única Norma,
quedó tras ti un incendio de estrellas y de rosas.

Por ti, que abriste auroras en sombras españolas,
talado está el bosque del amargo laurel:
para uno de tus versos, sereno rompeolas,
¿qué vaso, qué vitrina, qué urna, qué anaquel?

Una música nueva irá tras tus sandalias,
tu excelsa testa triunfo será de un nuevo Scopas,
y tu sonrisa limpia, bajo lirios y dalias,
gloria será en las planchas de futuras metopas.

Para que tú llegaras, para que el verso fuera
suave onda de resinas bajo la luz del día,
sin duda fué preciso, Panida, que existiera
una tremenda y magna y enorme profecía.

V

Sacóidete montaña; solloza, tierra mía!
Probar debes que tienes ante el coloso muerto
ese don de los grandes que es la melancolía . . .
Liróforo, ¿no es cierto?

Liróforo, ya puedes decir que tu cabaña
a Italia y Grecia y Francia y a Germania iguala,
—grande para la América, enorme para España—
pues de ella arranca el triunfo de otra suprema escala.

Bendita tierra mía, que te dio su paisaje
para que en él volaran tus pájaros de cuna;
te dio el primer ensueño mi nativo bosque
y tu primera pena te bajó de mi luna.

Muchas gracias, Dios mío.
De hoy más mi tierra es tierra para la devoción.
No en vano y a las márgenes del raudo, eterno río,
se abrió en mi tierra el loto de la mejor canción.

VI

Almas aquí, poetas! Silencio ante esa voz
que no se oye . . . ¿Sentís una divina csencia?
¿No miráis como pasa junto a nosotros Dios?
¿Veis el alma del genio marchar tras su presencia?

Te resolviste, muerte. Por entre el sucio manto
te estoy viendo la cara desgajada y medrosa.
Te mareaba la alondra y le tronchaste el canto,
te trastornó el perfume y estrujaste la rosa.

Así te has hecho grande. ¡Por los grandes! Medita,
y verás, vieja loba, descompuesta y artera,
que no son para el hielo de tu carne maldita,
las elevadas rosas de esta gran primavera.

VII

Padre Rubén: mi sangre va sufriendo en mi verso . . .
A ti, pues, la más pura queja de mi canción.
Mi lágrima es la lágrima de todo el universo
y el dolor de esta tierra duele en mi corazón.

(1916)

LASCIATE . . .

A Mario Sancho

I

Señora: usted se pasa cuidando su canario;
tiene usted una constancia de agua pura y alpiste.
La limpia jaula pende cual aéreo relicario
diciendo Sí ante el Nunca de su existencia triste.

Me gusta sorprenderla regando sus peonías.
Sufrimiento de cintas en el corpiño . . . Trance
doloroso de sedas . . . Redondeces bravías
que temo se desprendan . . . ¡Una trova! Un romance

Tras canario atendido y peonía regada
se sienta usted a leer el mismo libro, el fiel,
y cual su vida, acaso, de edición agotada.

Todo esto lo hace usted recordando . . . Mas yo,
que oigo zumbar la abeja y veo fluir la miel,
pienso que usted ha hecho mal en decir siempre No.

II

Hasta ahora le digo que la quiero, señora.
Y la culpa no es mía. El libro insustituible,
la peonía, el canario, se han llevado la hora;
mas queda este minuto que parece increíble!

La Dicha anda en el mundo de puntillas. Sin duda
usted que nada escucha no distinguió su paso.
Cuidado con no hablar, porque ya sorda y muda
será usted un bello mármol mirando hacia el ocaso.

POETAS MODERNISTAS DE NICARAGUA

Y eso no debe ser. Dése cuenta, Señora,
que grave falta es darle espaldas a la aurora,
pues ella nos trae el donde la luz escondida . . .

Además, usted sabe que en su belleza tiene
ese vigor profundo que en cada carne viene,
necesario y fatal para mover la vida!

(1917)